

CAPÍTULO I

EL REINO PERDIDO

Como las almas de los muertos que devastados por el amor, la nostalgia, o la culpa retornan de tanto en tanto a sus heredades (y así será, nos enseña el saber popular, mientras estas se mantengan en pie junto con las memorias que las sustentan), el niño ha retornado al hogar primordial, a la casa esencial y primera, de la cual ahora parece emerger como desde la matriz, como desde la cavidad materna y protectora. Con el rostro velado, sin embargo, el niño posee la calidad de espíritu, de ánima en pena, de fantasma ávido y desamparado surgido de los sueños.

Aunque vetusta y erosionada, la casa, soportada por la tierra, está ahí, precariamente sólida, improbablemente maciza, enfrentando a los agentes de la destrucción que al fin prevalecerán, como antes ocurriera con las generaciones que se albergaron en ella, como habrá de ocurrir con el propio niño, ahora detenido, eternizado, ajeno todavía al hundimiento y la ruina.

Viniendo de atrás, de otro tiempo, la figura infantil intenta acceder a la actualidad y al presente de un mundo

en que la casa parece ser su eje, su corazón y fundamento. Es, pues, un retorno al perdido reino de la infancia, la patria sentimental evocada por tantos hombres, porque en ella están la madre, la familia y la propiedad.

10 Está ahí, dejado fuera, separado, encalavernado, con cada pie en dos estribos distintos del tiempo. Adentro (me lo imagino yo) está el orden familiar, patriarcal y estricto. Las habitaciones, amplias, olorosas a membrillos y panelas, con sus armarios, arcones, cujas y otros enseres para los juegos y batallas de la infancia. A la usanza de todo el patriariado de la región, los muebles son de factura vienesa; la vajilla y la cristalería, ingleses. La entrada principal conduce a la sala a la que solo son admitidos —al igual que al espacioso comedor— personas del mismo rango social que los propietarios; la otra entrada da acceso a la oficina de administración en la que se controla la producción agrícola y ganadera, se contrata al peonaje y se ejerce vigilancia sobre los yanaconas. Pasando el comedor se llega al huerto interior ceñido por cobertizos bajo los cuales se tienden las hamacas guayaquileñas para la siesta durante la sofocante tarde. Y aquí empieza el sector de la servidumbre, el otro orbe de la propiedad, con la gran cocina, el matadero de los animales, los tristes cuartos de los domésticos, y al fondo el establo y las caballerizas.

Años después, lo que más añorará el niño son las sobremesas y las prolongadas tertulias de la noche bajo el alero del corredor de entrada gozando del fresco nocturno. Recordará que él y los demás niños, envueltos por la

ardiente respiración de la tierra, preferían tirarse descalzos sobre el petate, mientras los mayores acomodados en perezosas y mecedoras —los hombres con una botella de caña de primera, de las alturas de Morropón o de Huancabamba— platicaban sobre viejos sucedidos, con las negritas y chinitas de servicio renovando de tanto en tanto el frutero y las jarras de refresco de guanábanas o de tamarindo rebosantes de hielo. Y permanecerán en la memoria los estropicios del viento, el graznido de los pájaros de la oscuridad, la bullanga de las chicharras y grillos, el cabecear enloquecido de las cucambas sobre el quinqué a kerosene, o sobre la petromax o sobre las bombillas del generador eléctrico, cada vez que evoque la historia y la leyenda de esa región del alto Piura.

11

¿Habrá que hacer esta aclaración? Por ser, desde comienzos del siglo xx, Monte de los Padres una mediana hacienda, rodeada aguas arriba y aguas abajo del Piura por inmensos latifundios, como Pabur con sus cerca de cinco mil hectáreas cultivadas y más de cien mil hectáreas de pastos naturales en el sobrecogedor y casi inabarcable despoblado, las historias que se cuentan acerca de los grandes señores de la tierra fluctúan entre la admiración y el rencor, entre el orgullo y la condena. Sí, es verdad, admitirá acaso el niño. Porque al igual que las comunidades campesinas, los dueños de Monte de los Padres han tenido que librar su propia lucha contra hacendados más poderosos para tener acceso al agua en la toma de Talandracas y aun para mantenerse dentro de sus propios límites.

Pero incluso en su condición de hacendados menores los últimos propietarios de Monte de los Padres (pues hasta el siglo anterior la hacienda era parte del patrimonio territorial del más poderoso linaje de la región), los recientes propietarios, decíamos, pertenecen a la casta señorial o, como se les conoce en la región piurana, a la casta de los blancos, tengan estos o no la piel blanca. Por eso, las historias que encandilan la atención de los contertulios versan sobre la edad áurea de la gran propiedad terrateniente, en los tiempos que el alto y medio Piura eran la cuna del señorío piurano. Como escribiera cierto escritor demasiado vehemente, eran historias cargadas de epicidad¹, gloriosas e infames. Historias que se remontaban a la Colonia, a la Emancipación, a las décadas sangrientas que siguieron al establecimiento de la República, a los aguijonosos años de la guerra con Chile, a la época de las montoneras de fines del siglo, a los años de exterminio de las partidas de bandoleros que habían sentado sus reales en la región. O a la época más reciente en que las haciendas dejaron de ser casi exclusivamente estancias ganaderas, cerriles y agrestes, para incursionar en el cultivo del algodón pima que había dado lugar al surgimiento de una nueva capa de señores en el bajo Piura y en el medio y bajo Chira.

Sí, era una vida magnífica y salvaje; en que los señores guerreaban entre sí por la hegemonía en la región o se

¹ **epicidad**: cargadas de tiempo o cargadas de épocas.

unían temporalmente para aplastar a la cholada o el negrerío insumiso que pretendía sembrar la discordia en la sagrada tierra piurana, pues solo a los señores les era permitido el enojo y el derecho a dirimir con armas nobles sus riñas de honor y altanería. Años después cavilará. Vida de cabalgatas de punición y lujuria, de descomunales comilonas tras los rodeos para la marca del ganado y de la cacería del venado gris. La montería, ese deporte privilegiado de los blancos, exultante y cruel, con sus partidas para abatir al tigrillo, al puma y aun al jaguar extraviado de la Amazonía, o a cualquier bestia perniciosas. Por fin, después de semanas de incursión por montes vírgenes, se producía el retorno victorioso de la expedición, las piezas eran generosas, pero más que la cabeza del puma o del tigre, arrancaba exclamaciones de pavor o de admiración, la cabeza del negro indómito fugado de la estancia o la gacela de silvestre belleza arrebatada en alguna remota aldea de las alturas a padres indefensos o al infeliz marido muerto a tiros por salir en defensa de lo que era suyo.

CAPÍTULO II

COMO JEHOVÁ DE LOS EJÉRCITOS

